

PQ 4683

A3
A48
v.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es PROPIEDAD. — 1885.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



LA AMISTAD



10.—OB. DE AMICIS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO..."
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

853

A.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA AMISTAD



UANDO todo se nos presenta bajo su aspecto más agradable en nuestras horas felices, la palabra *amistad* evoca en nuestro espíritu el recuerdo de amigos célebres, que la historia y la poesía ofrecen al mundo como ejemplo de grandeza de ánimo, y cuyas imágenes se destacan en tropel de sentimientos levantados y benévolos pensamientos. Cuando luego, los años van secándonos el corazón, conservamos siempre una admiración viva hacia aquellos grandes afectos de almas gemelas que vivieron una sola vida; sabiendo por experiencia que la amistad, en la que no influye el impulso del instinto, como en otros afectos más vivos, es el más difícil de los sentimientos.

Querer bien á un hombre con quien no nos unen

los vínculos de la sangre, que tiene nuestros defectos y nuestras debilidades, que no hace nada por nosotros, sino confiar su afecto, quererlo como se quiere á un padre ó á un hijo, serle fiel desde la juventud hasta la muerte, y hacer por él todos los sacrificios, incluso el de la vida, nos parece un prodigio inexplicable de nobleza; y que semejante fenómeno se halla, aunque rara vez, en el mundo y es para nosotros una de las mayores glorias de la humanidad. Consuela pensar que entre las muchedumbres sobre las cuales se destacan dos á dos como estatuas triunfales, las gloriosas figuras de los héroes de la amistad, otras mil desconocidas se suceden y se sucederán constantemente, no ménos grandes que aquellas reconocidas por el mundo; séces puestos al acaso el uno junto al otro, que recorrieron el camino de la vida unidos en estrecho lazo, inseparables en la próspera y en la adversa fortuna, como ligados por un pacto ó por un secreto parentesco; jóvenes que mueren entre las llamas, ó sumergidos en las aguas, por un hermano de eleccion que no han logrado salvar; padres de familia que recojen y guardan como propia sangre, en sublime sacrificio, los huérfanos del amigo perdido; hombres dichosos que arriesgan la vida á la cabecera del amigo moribundo, descuidando todo otro afecto,

sordos á los ruegos, obstinados heroicamente en su tenaz apego hasta el último momento; viajeros cansados ya que retrocen en su camino, en medio de grandes obstáculos y peligros, atravesando las nieves y las selvas de inmensas regiones desconocidas, para buscar al compañero extraviado, cuya imágen arranca á sus varoniles corazones sollozos de niño y plegarias de santo.

Uno solo de estos ejemplos, que llega de tarde en tarde á nuestra noticia, nos hace olvidar las miserias de la humanidad, y pone de manifiesto, como cosa digna de nuestra adoracion, la *amistad* que soñábamos en nuestros entusiasmos juveniles: la amistad de las grandes almas, la hermana del heroísmo y del amor, que vive entre los hombres, bella como una diosa y dulce como una madre, derramando consuelos y haciendo florecer sobre la vida las más nobles virtudes de la naturaleza humana.

UNIVERSIDAD DE TAMPICO
 BIBLIOTECA U
 "ALFONSO"
 Ado. 1625 MONTAÑE, MEX.

*
* * *

Pero no es esta la amistad que intentamos describir. Esta pertenece á la lírica y al poema.

Queremos hablar de aquella pobre amistad de todos los días, incierta como el tiempo, móvil como el aire, de continuo atormentada por pequeñas y bajas pasiones, hoy dulce y cariñosa, mañana irritada y vengativa, generosa á veces, habladora á menudo, casi siempre ligera y engañosa, juzgada de diversas maneras por nosotros mismos, puesta al servicio de distintos fines, tomada en burla ó tomada en serio, ya dejada á un lado, ya buscada con amor, alternativamente concedida, recobrada, negada, prodigada, disipada, implorada segun nuestro humor, nuestras necesidades y nuestros caprichos; eternamente varia como el amor y compleja, profunda y maravillosa como el mismo corazón del hombre.

Y así, entendemos por amigos, no solamente los que merecen este nombre, sino aquellos á los que

sabemos dárselo, y con quienes sostenemos apariencia de amistad; toda aquella serie de personas íntima ó superficialmente conocidas, amadas, odiadas, queridas, desagradables, odiosas, simpáticas, olvidadas, acariciadas, fugitivas, próximas ó lejanas, que se ven todos los días ó una vez al año, conocidas desde la infancia ó desde ayer, unidas á nosotros por distintos lazos y en diversos modos; de cada una de las cuales decimos sin pesar la frase: *Es un amigo mio.*

Estos son los amigos que pensamos analizar y pintar.

No tienen todos poesía ni quizá uno solo es heroico; pero no son ménos dignos de estudio que los Pilades y los Orestes.

Porque en suma, cualquiera que sea el concepto que tengamos de la amistad, ellos son el mundo en que vivimos, un pequeño mundo que está á nuestra vista y á nuestro alcance, del cual oímos todas las voces y vemos todos los aspectos; poca gente, escogida al acaso, para representar á nuestro alrededor la inmensa humanidad, los primeros que conocemos de entre la multitud y más allá de los cuales solo vemos un mar turbio, sin fisonomía y sin nombre.

Cada uno de ellos nos parece el tipo de un orden

innumerable de hombres: la ciencia del corazón humano la aprendemos de su trato; con ellos adquirimos la experiencia de la vida; por ellos juzgamos á nuestra especie; casi todos los placeres y los dolores de nuestra vida ordinaria, provienen de sus actos y de sus palabras; estamos contentos del mundo, cuando de ellos estamos contentos, y lo odiamos si nos son odiosos; á ellos les comunicamos una gran parte de nuestras ideas y otra parte de las ideas nuestras germinan de la semilla de sus conversaciones: muchas de nuestras cualidades intelectuales y morales no nos esplicaríamos ni con mucho ni podríamos esplicarnos; irresistiblemente buscamos su sonrisa cuando nos sonríe la fortuna; estrechamos su mano cuando nos hiere la desgracia; somos conocidos ó pasamos desapercibidos en el mundo, ellos son nuestros jueces más autorizados, nuestros más fieles pintores y nuestros más acertados biógrafos.

En nuestra casa, en nuestros pasos, en nuestros quehaceres, en nuestras meditaciones, en nuestras lecturas, en nuestros sueños y en todas y en cada una de las relaciones de nuestra vida los encontramos y tenemos que tratar con ellos, estudiarlos y juzgarlos; nos precisa, en fin, discurrir con ellos, que ellos nos sirvan y servirlos también á ellos.

Ellos son el objeto de la mayor parte de nuestras acciones y de nuestros pensamientos.

Estudiándolos, estudiamos la sociedad, nuestro tiempo, nuestro país, todas las pasiones, y á nosotros mismos.

*
* *

El asunto está marcado, y tiene aspectos innumerables: echemos solamente una mirada sobre el primero que se nos presenta: la composición y el movimiento del grupo de amigos en que vivimos. Es admirable. El grupo está compuesto de personas de todos caracteres, de todas edades, de todas profesiones, de todas clases, las cuales unas son amigas entre sí, otras apenas se conocen, y forman por simpatía recíproca, por facilidad de reunirse ó por la atracción que algunas ejercen en torno suyo, varios pequeños grupos contráctiles que entran constantemente, los unos dentro de los otros, como los círculos que forman las gotas de la lluvia sobre la superficie de un estanque.

Esta gran familia de amigos está en continuo movimiento de transformación. Salen de ella antiguos, se agregan nuevos, vuelven los que se fueron; los cambios de fortuna, los matrimonios, las desgracias, dejan cada año sus vacíos que vienen á

llenar los elementos desprendidos de otras familias, produciéndose nuevas combinaciones entre los antiguos amigos; de estos cambios resultan variaciones de lugar y de forma en las reuniones, las que mudan de sitio, separando á los que estaban próximos, acercando á los que estaban léjos, convirtiendo los conocimientos en amistades, y estrechando los vínculos de las amistades íntimas.

Las personas autorizadas ó simpáticas que no salen, se rodean de sus adictos; otras que entran, se forman poco á poco su círculo, agrandando el de sus émulos; algunos van saliendo á los primeros puestos, otros decaen y otros, en fin, dejan de pertenecer al círculo.

Los nuevos defectos y las virtudes nuevas que nacen en todos en el trascurso de los años, y la acción que ciertas naturalezas ejercen sobre otras, á la larga, modifican continuamente la índole y las formas de las recíprocas relaciones.

Las diferencias de caracteres y de educación entre personas que hacen una vida íntima, produce necesariamente rencillas y choques de toda la familia.

Corrientes de odios y envidias, pasan, se cruzan y se extinguen; nacen y mueren simpatías; amistades llenas de entusiasmo se estrechan, duran años

y, despues, se rompen; los pequeños grupos de amigos íntimos se esparcen; surgen y caen tiranías, brillan y se apagan glorias, y sus rayos no salen del círculo de la amistad. Cada familia tiene sus opresores, sus párias, sus bufones, sus intringantes, sus conciliadores, sus aventureros, sus *venerables*, sus *esperanzas de la patria*, sus rivales y sus enemigos irreconciliables; y un número de personas que constituyen el núcleo inmóvil, muchos que van y vienen de una á otra familia, algunos que tienen en aquélla los amigos íntimos seguros y en otra los compañeros de paseo; otros que tienen en otra parte las amistades sólidas y no buscan en aquélla más que los placeres; personas que están fuera, que se conservan en correspondencia regular con el cuartel general de sus antiguas amistades; cadenas de amigos extendidos en varias direcciones, cuyos eslabones extremos unen desde la plebe hasta los potentados, para los cuales toda la familia tiene cierta fuerza orgánica de corporacion, cuyas ventajas explotan en provecho propio, los unos y los otros.

Bajo las relaciones de pura amistad, se enlazan los hilos de otras relaciones de intereses, estudios, profesiones y negocios, y sobre toda esta trama se extiende el tejido más sutil de las amistades de la

familia, de las más elevadas y de las más íntimas. Y no se puede decir cuáles sean los confines de este pequeño Estado, como no se pueden señalar los contornos de una mancha de color que vá gradualmente desvaneciéndose en sus límites; pero cada una de estas partes se dá cuenta de su relacion con el centro y de su dependencia en el organismo total. Un cierto número de pensamientos comunes circula con regularidad; las nuevas ideas toman determinados giros en ciertos grupos, impugnadas ó combatidas por los que llevan la iniciativa y, como consecuencia de ello, aceptadas ó rechazadas por las inteligencias adocenadas; la crónica del día se comenta y se propaga casi constantemente por las mismas personas y de la misma manera; la noticia circula por los derroteros marcados de antemano.

El pequeño Estado, tiene sus guerras civiles, sus escándalos, sofocados de comun acuerdo, sus fiestas, su contingente de tradiciones, sus muertos notables, su literatura volante, y casi todos los que viven en él llevan en el fondo de su alma un vago sentimiento de orgullo de familia, en el cual no reparan estando entre los propios amigos; pero se despierta á veces en medio de otras gentes y con admiracion de los mismos, sobrevive á veces el espíritu de cuerpo en un simple licenciado del ejército.



Para cada uno de nosotros, el grupo de los amigos representa una continúa ocupacion. Trabajamos todos sin descanso, puede decirse, para mantenernos en medio de ellos en aquel puesto que nuestro amor propio reclama y para obtener de su amistad, cualquiera que ella sea, toda clase de placeres y de ventajas, segun la multitud de esfuerzos y de artificios delicadísimos, de una gran parte de los cuales no tenemos apénas conciencia. Ya es una amistad que se escapa y queremos retener, ya una pequeña sinrazon que reparar, ya una mala impresion que corregir, ya una desavenencia entre dos amigos que concluir, cuya buena armonía nos es necesaria, ya un nuevo amigo que entra en el círculo patrocinado por nosotros y amparado luego, ya otro, poco convencido aun á quien se somete á una pequeña prueba en ocasion oportuna. A este se le señala una nueva línea de conducta, por haber dado mal resultado la primera; á aquel, nos esforzamos en

persuadirlo de algo sin lo cual nuestra amistad será un peligro; á otro debemos mostrarle un lado del carácter ó hacerle apreciar una de nuestras cualidades, que nos acomoda que conozca.

Tenemos que escoger, entre nuestros pensamientos, aquellos que podemos espresar á ciertos amigos, que debemos callar á otros; preparar la forma más eficaz para hacer entender á algunos determinadas cosas, y buscar el camino de leer en el corazon de otros los sentimientos ocultos que nos conviene conocer.

Debemos estudiar las combinaciones más adecuadas que pueden obtenerse de nuestros amigos; cuáles deben excluirse de ciertos grupos, por ser notas discordantes, cuya presencia quita la libertad en las conversaciones; cuáles deben interponerse entre los peligrosos, haciendo el oficio de jurados breves que se interponen y completan el sentido de otros más largos; cuáles son las ocasiones, los lugares, las disposiciones de ánimo en las que puede sacarse más partido de la amistad de cada uno.

El trabajo es complicado y difícil, porque nuestro juicio de ellos varía constantemente.

En un tiempo determinado, uno es el primero de nuestros amigos; y despues viene otro que relega al primero á segunda fila. Un nuevo orden de

ideas aproxima á aquellos que habíamos olvidado antes; el cambio repentino de opiniones ó de gustos, aleja á aquella de que hemos sido adictos durante mucho tiempo.

Para cada uno de ellos presentamos distinto aspecto.

Para cada uno de ellos, tenemos no solo una manera determinada de discurrir, sino una entonación de voz, risa, gesto y hasta movimientos distintos de cabeza para escucharles.

Cada uno corresponde á una tendencia particular de nuestro espíritu y de nuestro corazón. Tenemos para unos y para otros ciertos días más propicios, y hasta ciertas horas con disposición de ánimo más favorable, como respondiendo á determinados estados del espíritu.

Reunirse con una docena de amigos un día, es como correr la mano sobre el teclado de un piano: cada uno dá su sonido y estamos estudiando toda la vida para aprender á tocar la sinfonía sin desafinar. Sin quererlo y sin apercibirnos de ello estudiamos de continuo á nuestros amigos: su diversa manera de pensar, de sentir, de hablar, de reir, de andar, de saludarse, de dar la mano; de tal manera que podríamos imitarlos con una facilidad admirable.

Es este un estudio útil y ameno. Veamos solamente la manera de dar la mano.

En el trascurso de veinticuatro horas, pasan por nuestras manos las de amigos de buena fé, que nos hacen sentir claramente que en toda nuestra vida no las estremecerá nunca un sentimiento de rencor contra nosotros; finas manos de aristócratas, frágiles como su amistad, que dan y reclaman, se las estrecha delicada y respetuosamente; manos inquietas de artistas que expresan con sus repetidas y nerviosas sacudidas, una amistad fugaz y caprichosa; manos cortas y gruesas de amigos fornidos y toscos, que prometen un afecto rudo, pero franco y tenaz; manos parecidas á las nuestras en tamaño, en forma y aspecto, de tal manera que parece al estrecharlas que cogemos nuestra mano izquierda y que nuestra amistad se funde en cierto modo, en aquella semejanza.

A cada momento tenemos ocasión de observar algo nuevo que nos deja alguna huella en la mente: una sonrisa casi desconocida, una voz que rueda, un resorte del alma, nuevo para nosotros, una palabra que nos hace modificar un juicio, una frase original que nos apropiamos, una noticia, un rasgo de ingenio, una imágen, una idea, ménos que una idea.

Todos son maestros de alguna cosa. Son otros tantos libros vivos, constantemente repasados, varia-

dos y reconocidos, que podemos ojear y consultar. La gran cadena de los amigos pasa á la escuela, al ejército, al comercio, á las letras, á la administracion, á la sociedad elegante, á la política, y por cada uno de sus anillos, vemos un pequeño mundo ignorado ó desconocido que interrogamos y aprendemos costumbres, personajes, cosas nuevas, ideas generales de doctrina y nociones diversas de arte y de ciencia, que ensanchan los horizontes de nuestro pensamiento.

Y así, en el terreno de la moral, cada uno de nuestros amigos, es un maestro involuntario, ligero ó pesado, fino ó tosco, que poco á poco, nos corrige de un defecto, nos cura de una vanidad, nos libra de una costumbre ridícula, ó nos suaviza al menos las asperezas del carácter. El arte de la vida que poseemos en la edad madura, con el cual evitamos tantos peligros y conseguimos tantas cosas imposibles en la juventud, se lo debemos en gran parte á ellos.

Muchos de nuestros esfuerzos é investigaciones intelectuales, de conocimientos varios para perfeccionar ciertas dotes recomendables, las violencias que nos hacemos para soportar con dignidad, ciertos dolores ó para afrontar con valor ciertos peligros, no los hacemos más que por un sentimiento de ambicion ó de emulacion que ellos solos nos inspiran, y que de ellos solos parten. Cada uno de ellos nos dá un poco de

fuerza, de gracia, de audacia, de alegría, de prudencia, de bondad ó de indiferencia.

Hombres de negocios, tenemos en el grupo nuestros consejeros; escritores, encontramos en ellos los rasgos más expresivos y los más vivos colores de nuestros personajes; pensadores, hacemos en ellos el primer experimento de nuestras ideas; hombres políticos, recogemos en sus filas los primeros secuaces de nuestros principios; padres de familia, buscamos en nuestros amigos los primeros protectores de nuestros hijos.

En suma, ellos son nuestra pequeña pátria que palpita y que habla; y cuando un capricho de la suerte, nos arroja á mil leguas de donde estamos, y nos condena á vivir desterrados en un pueblo desconocido, casi toda nuestra tristeza proviene de su falta, y en la gran alegría del regreso nos sonrío preferentemente la idea de volverlos á ver.



Nada de esto verdaderamente es la amistad, son simpatías, sentimientos pasajeros de benevolencia, cambio de servicios; no es recíproco afecto constante y activo entre dos personas.

Si nos preguntamos cuáles son nuestros verdaderos amigos, casi toda esta multitud se desvanece y no quedan más que cuatro ó cinco, respecto de los cuales podíamos repetirnos aquella pregunta y si la repitiéramos, no quedaría más que uno solo y este no siempre. ¡Pobre amistad!

Ha sido objeto en todo tiempo de los epigramas más sangrientos y los más desconsoladores dictados. Tenemos todos tan incierto nuestro juicio respecto á ella, que no solo no nos atrevemos casi á espresar nuestro afecto á un amigo en los momentos de emoción sincera, sino que hasta nos avergonzamos entre amigos de considerar seriamente la amistad como una entidad real.

En efecto, ¿qué es, pues, la amistad que tenemos

para nuestros mejores amigos? ¿Se puede llamar verdaderamente un afecto? Pero si con los más íntimos dejamos correr meses enteros sin experimentar la necesidad de verlos ni de tener noticias de su existencia; si no damos un paso por encontrarlos, cuando no tenemos que esperar de su encuentro más que una pequeñísima y transitoria satisfacción de amor propio; si de la falta del amigo más querido, de la cual nos parecía no nos podíamos consolar, nos consolamos con una facilidad asombrosa, hasta el extremo de que en cuanto se presenta otro representa para nosotros la misma amistad, de igual forma y al mismo tiempo; cuando estamos seguros de la discreción del que nos escucha, emitimos acerca de nuestros amigos más íntimos, juicios que, sabidos, les hieren mortalmente en el corazón; si apenas entra una sombra ligerísima de emulación, sentimos pasar á través de la más afectuosa amistad, arranques de odio salvaje; si cuando el más íntimo de nuestros amigos viene á pedirnos, no un gran sacrificio sino solamente una prueba difícil, nos creemos obligados á volver sobre nosotros mismos y á disimular nuestra sorpresa, el despecho y la confusión que nos asaltó y permanecemos al mismo tiempo asombrados del extraordinario egoísmo que se despliega en el alma, nos contristamos

al ver derrumbarse así, al primer empuje, todo aquel edificio de palabras y de ilusiones que creíamos una amistad verdadera. ¿Qué es esta amistad? ¿Sobre qué se funda? No está en la Naturaleza. Es una ilusión nuestra; un afecto de nuestro invencible afán de engrandecer y embellecer todos nuestros sentimientos, para ostentarlos en nosotros como plumeros colosales, desproporcionados á nuestra altura; uno de tantos fantasmas de poder sobrenatural que creamos nosotros mismos para dolernos despues de que no sean más que fantasmas cuando deseamos sean realidad.

Que haya habido y que haya verdaderas amistades, no quiere decir nada; son pasiones sobrehumanas de almas privilegiadas, raras y excepcionales como el génio.

Pero la amistad ordinaria, la amistad de todos, es lo que ha dicho un gran escéptico: "una relacion en la que el amor propio de dos personas que encuentran más útil favorecerse que hacerse daño, se propone siempre algo que ganar." Nada más que esto.

Todo lo demás es ilusión.

*
*
*

Y, sin embargo, este fantasma de la amistad nos atormenta de continuo. Todos los epigramas irónicos de que la hacemos objeto, no expresan otra cosa que el despecho y la vergüenza que experimentamos por no sentirla dignamente.

El ideal de dos hombres que se estrechan la mano en el mundo llenos de odio y juran y mantienen el pacto de apreciarse y de defenderse es tan noble, es tan bello, que no podemos sustraernos á su atractivo.

Es inútil.

Nosotros sentimos que en nuestro corazon, además de los afectos de familia y amor, hay un puesto vacío para otra clase de afecciones; que la familia sin amistad, no es más que un vacío en medio del desierto; que el mismo amor á la patria, no es más que un vago concepto, si fuera de nuestra casa, en esta patria tan amada, no queremos verdaderamente á nadie; que no podemos hablar de bondad

ni de delicadeza, si no sabemos conquistar ni conservar amigos verdaderos.

Y de no creer en la amistad, tenemos una buena disculpa; en realidad nos conducimos todos como si creyéramos en ella abiertamente, porque nos esforzamos siempre en inspirarla, nos maravillamos de que no nos sea correspondida, nos hacemos la ilusion de haberla encontrado, la prometemos sinceramente, la concedemos y nos lamentamos cuando tenemos un desengaño.

Su dulce nombre viene de continuo á nuestros oídos, á nuestros labios, á nuestra pluma; suena eternamente dentro de nosotros como el eco de un desengaño ó la expresion de una esperanza, confundándose con los más bellos ensueños de la juventud, con el recuerdo del primer amor, con las primeras satisfacciones de la inteligencia y con los primeros esfuerzos viriles de la conciencia.

Y seamos justos; tambien nuestra pobre y raquí-tica amistad tiene sus encantos. Arrancaríamos á nuestra vida la mayor parte de sus más bellas emociones si le quitáramos todo el período de tiempo en que hemos creído ser y tener verdaderos amigos. Seamos mezquinos, malvados, mudables; pero ciertos días, al estrechar la mano y cambiar las palabras, cambiamos tambien algun efecto del corazon; á ve-

ces nos miramos con los ojos bañados de nobles lágrimas y podremos descubrir en otras, con orgullo, lo más recóndito del alma. Podremos pensar tambien en nuestros más íntimos amigos, que nos volverán la espalda en la desgracia; lo pensamos casi siempre no estando en su presencia; pero cuando sentimos su mano junto á la nuestra y oimos sus palabras sentidas y benévolas, una voz del corazon nos grita que es imposible, y nos avergonzamos de haberle calumniado. No, despues de haber dicho que no hay amistad en el mundo, no podemos concebir la vida sin ella.

En todo sueño de felicidad, aun en la soledad en que imaginamos refugiarnos por cansancio ó por desprecio de los hombres, en los últimos años de la vejez, junto á nuestro lecho de muerte, detrás de nuestros hijos arrodillados, nos representamos siempre con el deseo, la figura de un amigo, sin saber cuál sea quizá uno de los actuales, trasformado en otro hombre, tal vez uno que no conozcamos todavía, una excepcion, un milagro, pero un verdadero amigo, una cara y un corazon de hermano, un ejemplo de aquella santa amistad.



Hablemos, pues, de la amistad, toda vez que ocupa tanta parte de nuestra vida. Veamos cómo nace, de qué modo se reanuda, qué diversos caracteres presenta, según la edad, las cualidades y la educación intelectual; cuáles son sus obstáculos, sus peligros, sus placeres, sus inconvenientes y sus amarguras; de qué modo discutimos entre amigos, cómo murmuramos de ellos, cómo les escribimos, cómo los volvemos á encontrar después de largas ausencias, cambiados de aspecto y de decoración, qué parte tiene la familia en nuestras amistades, qué valen los amigos en la desgracia, qué son los amigos de la infancia, los amigos extranjeros, las amigas y los enemigos, qué luchas surgen dentro de nosotros por la amistad, por qué transformaciones pasan nuestros amigos en nuestro concepto, en qué variedad de condiciones, delicadas, tristes, cómicas, difíciles, raras, encontramos respectivamente los unos de los otros. Discurriremos así, como hacemos entre amigos íntimos, cuando nos

colocamos fuera de la amistad para raciocinar con independencia de juicio, con una mezcla de ironía y de indulgencia. No haremos ciertamente un trabajo inútil escudriñando los más recónditos pliegues de nuestro corazón; evocaremos recuerdos de amigos lejanos, emociones de la infancia, de nuestra adolescencia y casi olvidadas, recuerdos de debilidades y de injusticias nuestras ha tiempo huidas de nuestra mente, y que hacen que nos conozcamos mejor á nosotros mismos.

Trayendo á nuestra memoria nuestros despechos y nuestros rencores, analizando nuestras diarias contrariedades, en algunos aparecerá la ruindad y la insensatez de las que haremos un esfuerzo para librarnos; y de otras en el momento mismo descubrirse *uno* su ridículo y nos encontraremos libres de ellas sin trabajo. Mil caminos nos llevarán á reflexionar con la mayor atención sobre las menores vicisitudes de nuestra vida diaria, á conocer más claramente cuáles de nuestros defectos nos hacen más difícil la amistad ó descubrir lo más íntimo de nuestros amigos; á buscar con más insistencia el mejor modo de vivir con cada uno, evitándonos penas y remordimientos; á procurarnos, al fin, placer ó alguna emoción más delicada y quizá encontremos en nuestro camino flores inesperadas de poesía que nos parecerán más be-

llas porque se destacan en medio del polvo. Dejando la amistad ideal á los poetas, para ocuparnos de aquella amistad positiva y realizada que encontramos en la vida, acaso nos suceda lo que al fisiólogo, que avanzando sucesivamente de análisis en análisis, de secreto en secreto en el estudio interminable de la Naturaleza, pierde el entusiasmo por la antigua fé religiosa; pero encuentra en su ciencia un nuevo entusiasmo, el cual no levanta su espíritu ménos que el primero, sobre la vulgaridad de la vida,



LOS AMIGOS

